

En torno a la Facultad de Educación en el Centenario

José A. Cáceres

Agradezco la invitación que me hizo el *Comité para la Celebración del Primer Centenario de la Facultad de Educación* para participar en esta histórica actividad. Acepté la invitación con gusto porque toda mi vida profesional ha estado asociada a esta institución. Relataré brevemente mis memorias como estudiante, profesor, director de departamento, decano auxiliar y decano.

Estudiante

Mi primer contacto directo con la Universidad de Puerto y, en especial, con el Colegio de Educación, como se le llamaba entonces, ocurrió el primer semestre del año académico 1939-1940. A los dieciocho años de edad, recién graduado de la escuela superior, me matriculé en el Curso Normal, que era un programa de dos años para preparar maestros de escuela elemental. Recuerdo con mucho placer los viajes en el tren desde mi pueblo de Camuy hasta la estación de Martín Peña y de allí en las guaguas de la White Star Line hasta el hospedaje en Río Piedras. El tren ofrecía una magnífica oportunidad para establecer relaciones con otros compañeros, ya que en cada parada se unían más estudiantes, en medio de una corta celebración. La mayor parte de los pasajeros, especialmente en la tarde y la noche del domingo, eran universitarios. Por razones económicas, muy pocos estudiantes viajaban a sus pueblos todas las semanas y aun eran pocos los que hacían el viaje cada quince días. La mayoría viajaba una vez al mes. Los hospedajes, o casas de pupilos, cobraban \$18.00 ó \$20.00 mensuales, e incluían las tres comidas.

Río Piedras era una ciudad de estudiantes, muy activa y bulliciosa. En ella y sus alrededores vivía la mayor parte de los universitarios, quienes contribuían significativamente a la economía de la ciudad. La vida social de los estudiantes giraba principalmente alrededor de la Universidad, que ofrecía variadas actividades atléticas y culturales. Había agitación estudiantil en el recinto, como siempre la ha habido, pero ésta se concentraba mayormente en las Facultades de Artes y Ciencias y Derecho. Fuera de la Universidad el sitio más frecuentado por los universitarios era la plaza pública de Río Piedras, donde siempre había actividad, lícita y ordenada, especialmente los días feriados y los fines de semana.

El Colegio de Educación era el de mayor matrícula en el Recinto de Río Piedras. Estaba localizado en el viejo edificio Hostos. El Canciller de la Universidad de Puerto Rico, como se le llamaba al Rector, era Don Juan B. Soto. El Decano del Colegio de Educación era el Dr. Juan José Osuna, quien ocupaba el puesto desde 1922, cuando su título era el de Decano del Colegio Normal. El Dr. Osuna era un eficiente administrador y distinguido profesor,

cuyo libro **Historia de la Educación en Puerto Rico**, se usaba como texto en el curso que llevaba ese nombre. Francisco Collazo era el ayudante del Decano.

El programa de estudios para preparar maestros de escuela elemental estaba recargado en cursos profesionales o de pedagogía. Se ofrecían algunos cursos en los fundamentos de la educación, pero muy pocos en educación general. La mayor parte de los cursos trataba sobre la metodología de la enseñanza de las diferentes asignaturas, lo que se prestaba para la repetición de contenido entre un curso y otro. Los libros de texto eran en inglés, pero las conferencias se impartían en español. Se hacía mucho uso de la Escuela Modelo para la observación de clases y para la Práctica Docente, aunque también se ofrecía la Práctica en las escuelas públicas de San Juan y Río Piedras. La Escuela Modelo, que funcionaba desde 1903, contaba con un maestro para cada grado, desde Kindergarten hasta octavo, una maestra de música y un director, Don Antonio Rodríguez. Me impresionaba la alta calidad de los alumnos y de la facultad de la Escuela Modelo, donde yo hice la Práctica Docente. Era una experiencia enriquecedora observar una clase impartida por Herminia Acevedo, Manuela Dalmau, Carmen Muñiz de Barbosa, Angeles Pastor o Josefita Monserrate, entre otras.

Para los años académicos 1939 -41 en que yo estudié Normal, ya el Colegio de Educación contaba con una excelente facultad. Entre el profesorado se destacaba la maestra de maestros, Carmen Gómez Tejera, a quien la Universidad de Puerto Rico distinguió como Profesora Emérita y Doctora Honoris Causa. Al pasar de los años, nos referíamos a ella como Doña Carmen, pero en mis años de estudiante la llamábamos Miss Gómez, la supervisora de la práctica y la consejera de un activísimo club de futuros maestros. Vienen a mi mente los nombres de otros destacados profesores de esa época, entre ellos, Oscar Porrata, José Colombán Rosario, José M. Zapata, Antonia Sáez, los hermanos Gerardo y Julio Sellés Solá, Alfredo Silva, Francisco Collazo, Malvina Monefedt, Ramón Ramírez López, Rosa Navarro de Haydon, Carmen González Porter, Gloria Ramos, Carolina Blanco y George V. Keelan, quien era el director de la Escuela Superior. Aunque más joven que los antes mencionados, ya se destacaba Justina Carrión como instructora y colaboradora de Colombán Rosario en sus trabajos de investigación. Efraín Sánchez Hidalgo, quien se distinguió como profesor en el Colegio y en la educación en Puerto Rico, se inició como Instructor cuando yo cursaba el segundo año y no tuve el privilegio de ser su discípulo. Todavía no se habían unido a la facultad Ramón Mellado ni Oscar Loubriel, quienes se desempeñaban, para ese entonces, en el Departamento de Instrucción.

Mis dos años como estudiante universitario transcurrieron normalmente, gracias a los sacrificios de mi padre y de las ayudas económicas de la Universidad. Obtuve una buena preparación, viví ricas experiencias y gané buenos amigos, pero lo más importante fue conocer a Ana M. Carrillo, de Vieques, compañera de clases con quien contraí matrimonio años más

tarde y fue mi colaboradora y mi compañera de toda la vida hasta su partida en diciembre de 1998. Ana desempeñó diversos cargos en el Departamento de Instrucción Pública y durante los últimos veinte años fue profesora en la Facultad de Educación hasta su retiro en 1976.

Recibí el Diploma Normal en mayo de 1941 y empecé a trabajar como maestro elemental rural, primero en Camuy y luego en Hatillo. Continué estudios en el Centro de Extramuros de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo y en las sesiones de verano hasta septiembre de 1942 en que fui llamado a servicio militar.

Mi experiencia militar no guarda mucha relación con la historia del Colegio de Educación ni con mi vida profesional, con la excepción de dos puntos que quiero señalar. En el ejército, mientras servía en Europa, tuve el privilegio de conocer a Efraín Sánchez Hidalgo, que era mi jefe en una unidad de servicios especiales. Al correr de los años, Efraín trabajó bajo mi dirección en el Colegio de Educación. Efraín era un ser humano especial; fue mi amigo y compañero hasta su descenso en 1974. El otro punto que quiero señalar es que como militar tomé cursos que se me acreditaron para el bachillerato en la Universidad de Puerto Rico. Al terminar la segunda guerra en Europa, el Ejército estableció centros de educación superior a cargo de profesores universitarios. La mayor parte de los profesores eran civiles norteamericanos y otros eran militares con experiencia en la enseñanza universitaria. Se me ofreció la oportunidad de matricularme en tres cursos por valor de nueve créditos, el equivalente a una sesión de verano. Los centros universitarios ofrecían la oportunidad de continuar estudios superiores, mientras se procesaba el regreso de miles de militares a América y se tramitaba su licenciamiento. Yo estudiaba en el Centro Universitario de Biarritz, en Francia. El Decano Académico era el Dr. George Umstatt, de la Universidad de Texas, quien en la década de los 60 fue profesor visitante en el Colegio de Educación. El Dr. Umstatt se sorprendió y se alegró a la vez al hallar en Puerto Rico un exalumno de Biarritz. Como resultado de este reencuentro nos hicimos buenos amigos.

Al regresar a Puerto Rico y licenciarme del ejército, reanudé los estudios en la Universidad en enero de 1946 para completar los requisitos del Bachillerato. Pertencí al primer grupo de veteranos de la Segunda Guerra Mundial que se reintegraba a la Universidad. Terminé el Bachillerato en la sesión de verano de 1946 y un mes más tarde me matriculaba en la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, para estudiar la Maestría, acogiéndome a los beneficios que se ofrecían a los veteranos.

Profesor

Al terminar la Maestría en junio de 1947, regresé a Puerto Rico y fui nombrado Instructor en el Colegio de Pedagogía, como se le llamaba para esa época, para enseñar el curso de Sociología Educativa. Recibí asesoramiento y ayuda de los demás profesores que enseñaban esa materia, especialmente de

Justina Carrión. Todavía no había escalas de sueldo para el personal docente, pero el instructor con maestría por lo general empezaba ganando \$225.00 mensuales por nueve meses. Si enseñaba en la sesión de verano, recibía paga por dos meses adicionales.

El Decano del Colegio era el Dr. Pedro A. Cebollero y su ayudante, el Dr. Ramón Mellado, que a la vez era el director del departamento donde yo enseñaba, que entonces se conocía con el nombre de Departamento de Pedagogía General. El Dr. Oscar Porrata dirigía el Departamento de Metodología y Práctica Docente. El Dr. Cebollero fue Decano hasta el 1950 y le siguió en el puesto el Dr. Porrata. El Dr. Mellado pasó a ser Decano de Administración del Recinto de Río Piedras.

Empecé a conocer mejor a mis antiguos profesores que ahora eran mis compañeros, de quienes siempre recibí ayuda y estímulo. Allí estaban casi todos mis antiguos mentores, con la excepción de Don Gerardo Sellés Solá, que ya había fallecido o alguno u otro que se hubiera retirado. En esa época las pensiones eran muy bajas y los profesores esperaban cumplir sesenta y cinco años para retirarse. No se concebía el retiro a los cincuenta o los cincuenta y cinco años.

Todavía el Colegio ocupaba el viejo edificio Hostos, que consistía solamente de siete salones académicos, insuficientes para acomodar una matrícula cada día mayor, incrementada por la llegada de los veteranos de la segunda guerra. Algunos de mis antiguos compañeros de armas eran ahora mis discípulos. Un gran número de clases se reunían en los salones de otras facultades que no se estuvieran usando en un momento dado. Recuerdo la carrera que daba en los cambios de clases para llegar al próximo edificio a tiempo. Con esas limitaciones de planta física estuvimos hasta el 1961, cuando se inauguró el edificio Osuna, que pronto resultó pequeño para acomodar una matrícula de más de 4,000 estudiantes. No fue hasta 1974 que empezó la construcción del edificio que actualmente ocupa la facultad.

En mis primeros años como instructor, no recuerdo a compañeros que se dedicaran a tareas fuera del Colegio. Los profesores nos dedicábamos enteramente a la Universidad. La tarea adicional más conocida era la enseñanza en los centros extramuros de la Universidad, los sábados. Yo recibía una compensación de \$40.00 mensuales por enseñar una clase en los centros extramuros. Tampoco recuerdo que en esos años hubiera competencia o lucha abierta por puestos de mayor jerarquía que la de profesor. La realidad es que había muy pocos puestos administrativos y no se llevaban a cabo procesos de consulta para cubrir los mismos. El Rector escogía el candidato a Decano y sometía su nombre al Consejo para su aprobación. De la misma forma, el Decano seleccionaba a sus ayudantes o directores de departamento y el Rector hacía el nombramiento. Los ascensos en rango eran muy escasos. Los estudios graduados se realizaban fuera de Puerto Rico. Pocos profesores realizaban estudios superiores a la Maestría.

Los estudiantes del Colegio se dedicaban principalmente a estudiar. Participaban en las actividades recreativas, atléticas y culturales de la Universidad y en las actividades del Colegio relacionadas con los diferentes cursos, especialmente con la práctica docente y la organización de las clases graduandas. Por supuesto, había agitación estudiantil en la Universidad, pero los que más se involucraban en ese tipo de actividad eran los estudiantes de Ciencias Sociales, de Humanidades y de Derecho. Los estudiantes de Pedagogía, al igual que los otras facultades, empezaron a participar más en este tipo de actividades a partir de la década del 60.

Transcurrieron mis primeros años en el Colegio de Pedagogía enseñando Sociología Educativa y otros cursos en los fundamentos de la educación. Enseñaba los sábados en División de Extramuros y fui director de los centros de Guayama, Aguadilla y Arecibo en diferentes años. Como director enseñaba un curso y recibía una compensación adicional de \$10.00 por el trabajo administrativo, para un total de \$50. 00 mensuales. Adquirí permanencia al terminar el quinto año y ascenso a Catedrático Auxiliar. Con ayuda económica de la Universidad y los beneficios como veterano, me trasladé con mi esposa a la ciudad de Nueva York durante el verano para continuar estudios en la Universidad de Columbia. La Universidad de Puerto Rico me concedió licencia sabática durante el año académico 1955-56 y terminé el Doctorado.

Director del Departamento de Pedagogía General

Al reintegrarme al Colegio, el Decano Porrata me recomendó al Rector para dirigir el Departamento de Pedagogía General, actualmente el Departamento de Fundamentos de la Educación, que quedó vacante cuando Ramón Ramírez López se trasladó a la Universidad de Texas para terminar el doctorado. El Dr. Porrata se retiró en 1958 y le siguió el Dr. Augusto Bobonis, primero como Decano Interino y el próximo año, en propiedad. Con la llegada del Dr. Bobonis, se iniciaron en el Colegio los institutos de ciencia y matemática bajo los auspicios de la Fundación Nacional de Ciencia. Se matriculaban en los cursos del instituto los maestros de escuela secundaria en servicio activo que no hubieran completado la especialización en estas materias. Este instituto se mantuvo activo todo el tiempo que el Dr. Bobonis fue decano.

El Decano Bobonis me pidió que continuara como director de departamento. Todavía no se habían creado en el Colegio los puestos de Decano Asociado y Decanos Auxiliares ni tampoco había una oficina de orientación, así que los directores de los Departamentos de Metodología y Práctica Docente, la Dra. Aida Vergne, y el de Pedagogía General, este servidor, teníamos a cargo, además de la dirección del departamento, la matrícula, orientación, evaluación de expedientes y recomendación de graduación de los estudiantes. La Dra. Vergne se encargaba de los estudiantes de educación elemental y yo de los estudiantes de educación secundaria especializados en las áreas académicas y de los que seguían los programas conducentes al Diploma

Profesional en Administración y Supervisión y en Orientación. Del mismo modo, los directores de Economía Doméstica, Educación Física y Educación Industrial y la coordinadora del programa de Educación Comercial se encargaban de los estudiantes de esas especialidades.

Todavía enseñaban en el Departamento de Pedagogía General algunos de mis antiguos profesores. De ellos y de los que se habían unido a la Facultad más recientemente recibí total cooperación y juntos pudimos hacer muchas cosas, como las siguientes: revisión de los prontuarios existentes y preparación de nuevos prontuarios para otros cursos; preparación de manuales de lecturas en español para uso de los estudiantes y la escritura de libros de texto para usarse en los diferentes cursos de los fundamentos. Algunos de esos libros se terminaron durante mi incumbencia como director y otros se terminaron después de yo haber pasado a otro puesto. Entre esos libros escritos por profesores del Departamento -teniendo en cuenta los cursos que allí se enseñaban-, podemos mencionar los siguientes: *Psicología educativa*, de Efraín Sánchez Hidalgo; *Puerto Rico y Occidente*, de Ramón Mellado; *Lecturas de historia y filosofía de la educación*, de Carmen Gómez Tejera, Lloyd Suttell y América de G. Gregorich; *Fundamentos filosóficos de la educación*, de Miguel Riestra; *Fundamentos sociales de la educación*, de Miguel Nieves Aponte; *Principios fundamentales de evaluación para educadores*, de Harris F. Bunker; *Psicología del crecimiento y desarrollo humano*, de Ramón Ramírez López y Marion G. de Ramírez, traducción al español y adaptación especial del libro del mismo título de Warren R. Baller y Don C. Fharlez; *Supervisión Escolar*, de Oscar Loubriel, *Introducción a la orientación individual*, de Ana C. Cáceres y mi libro *Sociología y educación*. No quiero dejar de reconocer la tarea titánica de Don José Colombán Rosario de preparar las monografías sobre los temas del curso de Problemas sociales y económicos. Esas monografías se prepararon antes de este servidor asumir la dirección del Departamento, pero se usaron todo el tiempo que estuvo al frente del mismo.

Con el fin de preparar profesores para enseñar los cursos de fundamentos de la educación, instituímos un programa de instructores auxiliares. Un pequeño grupo de estudiantes sobresalientes recién graduados de bachillerato fueron seleccionados para este programa. Trabajaban bajo la supervisión de profesores de amplia experiencia a quienes observaban en una de sus clases, asistían a seminarios y tomaban un curso avanzado de filosofía de la educación con el Dr. Mellado. Al cabo de uno o dos años de trabajo satisfactorio, se les becaba para proseguir estudios graduados fuera de Puerto Rico. Todos regresaron a la facultad al terminar sus estudios, algunos con su doctorado y otros próximos a terminar.

Ya para esa época, empezamos a reflexionar sobre la significación de los fundamentos de la educación a nivel subgraduado. Tuvimos varias discusiones muy interesantes sobre los cursos relacionados con la misma disciplina. Tomamos como ejemplo el caso de los fundamentos sociales. Se

enseñaban tres cursos obligatorios sobre los fundamentos sociales para los Normalistas: *Sociología educativa*, de tres créditos; *Implicaciones educativas de los problemas sociales y económicos de Puerto Rico*, de seis créditos y *La escuela y el mundo contemporáneo*, de seis créditos, que hacían un total de quince créditos. Los estudiantes del Bachillerato en Educación Secundaria tomaban solamente seis créditos en los fundamentos sociales: *Sociología educativa* y un compendio de las *Implicaciones educativas de los problemas sociales y económicos de Puerto Rico*, de tres créditos. Nos preguntábamos porqué a unos estudiantes se les requerían quince créditos y a otros, seis. Como es de esperarse, los profesores defendían los cursos que enseñaban, pero por otro lado sentían la crítica de que se ofrecían en el programa para normalistas muchos cursos profesionales y muy pocos de educación general. Tomó tiempo, pero el problema se resolvió a la larga, dejando un solo curso de tres créditos en los fundamentos sociales, tanto para los estudiantes de educación elemental como para los de secundaria. De igual manera, se produjeron cambios en los cursos de los fundamentos psicológicos y de los fundamentos filosóficos. En los fundamentos psicológicos se creó el curso *Crecimiento y desarrollo humano*. Este curso se ofreció a los maestros de toda la isla a través de la televisión en 1962. El Colegio de Pedagogía fue pionero en ofrecer cursos universitarios con crédito por televisión. Se creó un nuevo curso de fundamentos filosóficos para sustituir el curso de *Historia y filosofía de la educación*.

Con relación al papel de los fundamentos de la educación, se levantaron otras interrogantes, como la integración de la sociología, la psicología y la filosofía, que se enseñaban como materias separadas, y la inclusión de otras disciplinas como la economía, la antropología, la psicología social, la historia y las ciencias políticas en los cursos de fundamentos de la educación. Influenciados por las escuelas graduadas de pedagogía de los Estados Unidos, muchos profesores pensaban que estas disciplinas eran importantes para la preparación de los futuros maestros, pero a la vez estaban conscientes de las dificultades para incluirse en un programa a nivel subgraduado, ya recargado en créditos. Todavía no teníamos un departamento de estudios graduados en la facultad. Sin embargo, durante diferentes sesiones de verano nos visitaron profesores norteamericanos que dictaron cursos *sobre La psicología social de la educación, Antropología y educación y Sociología y educación*. A estos cursos asistieron algunos de nuestros profesores como oyentes y otros se matricularon con crédito. Algunos estudiantes de los diplomas profesionales tomaban los cursos como electivos. Algunos profesores del departamento enseñaron el curso *Economía y educación*, como electiva. Con el establecimiento del programa graduado, muchos de estos cursos empezaron a enseñarse en ese departamento.

Otro asunto que también se discutía con relación a los fundamentos de la educación eran las actividades de laboratorio en la escuela y en la comunidad como complemento a la teoría que se estudiaba en la sala de clases.

Se realizaron actividades de este tipo en diferentes comunidades urbanas y rurales, en las escuelas laboratorio de la Universidad y en las escuelas públicas. Afortunadamente en 1960, se creó un proyecto para el desarrollo y mejoramiento de una comunidad bajo los auspicios del Colegio de Pedagogía con la colaboración del Departamento de Instrucción y de otras agencias públicas y privadas. Este proyecto se denominó el Proyecto comunal Las Monjas, nombre de un sector en la Parada 27, en Hato Rey y por largo tiempo ofreció oportunidad a nuestros estudiantes para participar en actividades en la comunidad.

Decano Auxiliar a cargo de Asuntos Estudiantiles

Disfruté de licencia sabática durante el año académico 1962 –63 y me reintegré a la Universidad. Se había puesto en vigor la reorganización administrativa del Colegio que creaba los puestos de Decano Asociado, Decano Auxiliar de Asuntos administrativos y Decano Auxiliar a cargo de los Asuntos estudiantiles. El Decano Bobonis me recomendó al Rector Benítez para ocupar este último, el que desempeñé hasta la salida del Decano en 1969. Tenía a mi cargo la admisión de los estudiantes, su orientación, matrícula, seguimiento en sus estudios, la recomendación de graduación y las organizaciones estudiantiles. Además del Consejo de Estudiantes, había otras organizaciones, como la agrupaciones de las clases por año con sus respectivas directivas, el club de futuros maestros y el grupo de estudiantes de honor, entre otras.

Además de atender estas organizaciones estudiantiles, les dimos importancia especial a los servicios de orientación. Con este propósito en mente, fortalecimos la Oficina de Orientación. Se aumentó a ocho el número de orientadores y se nombró un director de esa oficina. Se hizo necesario adiestrar a los nuevos profesionales, ya que todos venían de la escuela pública y debían conocer los programas del Colegio, los reglamentos y los requisitos, los recursos con que contaban y la naturaleza variada de los estudiantes. El Colegio ya no admitía estudiantes directamente de la escuela superior. Todos los estudiantes, incluyendo a los candidatos a maestros de escuela elemental, ingresaban a la Facultad de Estudios Generales para el primer año de educación general. Todavía era posible, si así lo deseaba el candidato, obtener su diploma de maestro en dos años, pero tenía que tomar cursos de Pedagogía en el verano. Los estudiantes de segundo año procedían de la Facultad de Estudios Generales, de los colegios regionales de la Universidad de Puerto Rico y de los colegios y universidades privadas. Había algunos estudiantes de intercambio y otros del extranjero.

Además de los orientadores profesionales, utilizábamos los servicios de un grupo de profesores que recibía una compensación adicional. Contábamos con una pequeña unidad de investigación para realizar estudios como los siguientes: el aprovechamiento de los estudiantes readmitidos por deficiencia académica, las ejecutorias de los estudiantes procedentes de los colegios y universidades privadas en comparación con los logros de aquéllos procedentes

de la Universidad de Puerto Rico y el seguimiento vocacional de los graduados del Bachillerato en Educación Secundaria en las áreas académicas durante un período de cinco años, entre otros.

La Facultad de Pedagogía fue la primera en el recinto en establecer una oficina de servicios estudiantiles y sirvió de modelo para el establecimiento de centros de orientación en otras facultades. Existía desde muchos años un centro de orientación en el Decanato de Estudiantes al servicio de todo el estudiantado universitario. Las oficinas de orientación a nivel de facultad están más accesibles a los estudiantes y pueden atender mejor sus necesidades particulares, como lo relacionado con la orientación académica: la identificación de sus metas profesionales, la selección de la especialidad, la selección de los cursos, la convalidación, el seguimiento del aprovechamiento académico y la evaluación de los expedientes de los candidatos a graduación.

Un profesor que nos visitó con propósitos de evaluación, el Dr. Alonzo C. Grace, ex Decano del Colegio de Educación de la Universidad de Illinois, se expresó en los siguientes términos sobre nuestro programa de orientación:

Éste es otro de los excelentes programas del Colegio de Pedagogía. Ningún colegio en universidad alguna que yo conozca ofrece un servicio tan eficiente a sus estudiantes. La Oficina está en todo momento llena de estudiantes en busca de orientación y ayuda. En la mayor parte de las universidades se ofrece un extenso programa de orientación a nivel central – y eso es cierto aquí también –; sin embargo, la organización, el programa y el servicio que se ofrece en este colegio es muy superior en todos los aspectos.

Las organizaciones estudiantiles estuvieron muy activas del 1963 al 1969, mientras me desempeñé como Decano Auxiliar. Las clases de segundo, tercero y cuarto año estaban organizadas; cada clase tenía su directiva y un profesor servía de consejero. Los estudiantes del Departamento de Estudios Graduados estaban representados en el Consejo de Estudiantes y tenían además su propia organización estudiantil. La clase más activa siempre era la graduanda. La clase graduanda de 1964 a nivel subgraduado fue la única en ese período que preparó su anuario.

Para la década del 60 ya el Consejo de Estudiantes de Pedagogía, al igual que el de otras facultades, entró en una fase de mayor activismo, involucrándose no sólo en los asuntos y controversias de la Universidad, sino también de la sociedad en general.

Decano

El 3 de agosto de 1970 me nombraron Decano por recomendación del Rector Pedro José Rivera, en los momentos en que la Facultad había tenido un decano en propiedad y dos decanos interinos en términos de un año. El Rector Abraham Díaz González había destituido al Decano en propiedad, el Dr. Augusto Bobonis y había nombrado un decano interino. La facultad, por

votación mayoritaria aprobó una resolución rechazando el procedimiento utilizado por el Rector para declarar el decanato vacante. No rechazó, sin embargo a la persona nombrada para sustituirle. Hubo algunos cambios en el personal directivo por motivos de renuncia de los incumbentes, pero la facultad, disciplinada y responsable, siguió trabajando normalmente con el decano interino. Unos meses más tarde, con la salida del Rector Díaz González y el nombramiento de un nuevo rector, el Decano interino fue sustituido por otro interino. Al terminar el proceso de consulta, se nombró a este servidor como Decano en propiedad.

Me hacía cargo de una facultad compuesta por unos 270 profesores, unos 80 empleados exentos no docentes o clasificados y una matrícula que sobrepasaba los 4,500 estudiantes. Servíamos a una matrícula mayor al incluir a los estudiantes de las facultades de artes liberales que tomaban nuestros cursos profesionales para obtener el certificado de maestro y a otros que tomaban sus electivas en nuestra facultad. No incluíamos en este total a los estudiantes de pedagogía, principalmente maestros en servicio activo matriculados en la División de Educación Continuada y Extensión, a los que debíamos recomendar para graduación.

La facultad me ofreció toda su cooperación y como equipo trabajamos con el propósito de preparar lo mejor posible el personal para el sistema educativo de Puerto Rico. Continuamos con los proyectos y planes que dejaron en proceso los decanos anteriores y realizamos nuestros propios proyectos. Es difícil describir en breves minutos los muchos proyectos y actividades que desarrollamos durante los cuatro años en que me desempeñé como Decano, pero mencionaré algunos de los que considero más importantes.

En el área curricular pusimos a funcionar los siguientes nuevos programas a nivel subgraduado: la enseñanza de inglés a hispanoparlantes (TESOL), la especialización en Salud Escolar, la especialización en Recreación dentro del Bachillerato en Educación Física y las materias a incluirse en las especialidades de los programas conducentes al Bachillerato en Educación Elemental y Secundaria para los futuros maestros de asignaturas académicas. En los programas vigentes hasta ese momento se enumeraban las materias que constituían una especialidad, pero se dejaba al estudiante para que en consulta con su consejero, seleccionara las diferentes materias. Por recomendación de las agencias acreditadoras, decidimos señalar las materias obligatorias y las electivas. A nivel graduado, pusimos en función el programa de Maestría en Economía Doméstica.

Al finalizar el año académico 1973-74, se habían aprobado en el Senado Académico y estaban listos para entrar en función el próximo semestre, los siguientes programas: Bachillerato en Educación Elemental con especialidad en Educación Especial, Maestría en Investigaciones pedagógicas y evaluación y Maestría en la enseñanza del inglés como segunda lengua. El programa doctoral lo aprobó el Comité de Asuntos Académicos del Senado y

quedó listo para ser considerado por el Senado en pleno. Los estudiantes del Departamento de Estudios Graduados participaron en la preparación de este programa y un comité de ellos, presidido por la señorita Brenda Rivera, hoy día profesora de esta Facultad, defendió el mismo ante el Comité de Asuntos Académicos del Senado.

Otros programas quedaron aprobados por la Facultad y sometidos al Senado Académico, entre ellos el de Bachillerato en Educación Elemental con especialidad en Educación preescolar y primaria, un programa experimental en Educación Elemental a nivel de Bachillerato y un programa graduado experimental en Administración y Supervisión. Dos programas adicionales a nivel de Maestría quedaron aprobados por la Facultad y sometidos para consideración del Decanato de Estudios, como paso previo a la presentación en el Senado Académico. Me refiero a los programas en Tecnología Educativa y Educación de Adultos. La revisión del programa de Educación Secundaria a nivel de Maestría quedó aprobado por la Facultad y por el Decanato de Estudios, listo a ser sometido al Senado Académico.

Los diversos proyectos especiales que se desarrollaron con ayuda federal y en colaboración con el Departamento de Instrucción nos ofrecieron oportunidad para experimentar con nuevos enfoques curriculares y ensayar prácticas innovadoras, además de trabajar estrechamente con los maestros de la escuela pública y con las comunidades. Estudiantes universitarios y profesores de los Departamentos de Fundamentos de la Educación y de Programas y Enseñanza se trasladaban a lugares distantes como la Segunda Unidad Rural de Bayamocito en Aguas Buenas, la Segunda Unidad de Sabana en Luquillo y las escuelas rurales de Guaynabo. En la zona metropolitana de San Juan se trasladaban a los residenciales Lloréns Torres y Nemesio Canales, Las Monjas y Ciudad Modelo. Estos proyectos iban dirigidos a mejorar la calidad de vida de los alumnos y de las comunidades de limitados recursos. Los mismos nos ayudaron a comprender mejor la importancia de poner en contacto a nuestros estudiantes con la comunidad, las escuelas y en especial con la labor del maestro, desde temprano en su formación.

En esos núcleos escolares se proveía a nuestros estudiantes dos años de experiencias profesionales progresivas y graduales, bajo la supervisión de un profesor universitario y del maestro del salón de clases, que sustituían la Práctica Docente regular. Se ofrecía la oportunidad a jóvenes graduados de escuela superior que hubieran tomado los exámenes del College Board de trabajar como ayudantes de maestro e iniciar cursos universitarios, limitados a seis créditos por semestre e igual número de créditos en el verano. Algunos estudiantes hacían su práctica docente regular en la Escuela Emilio del Toro Cuevas, que servía de centro de operaciones del Proyecto Comunal de Las Monjas. Otros estudiantes que participaban en el programa de experiencias comunales en Las Monjas recibían crédito electivo por estas experiencias.

Decidimos llevar a todos los estudiantes las experiencias profesionales que se ofrecían en estos proyectos. Rediseñamos y reorganizamos los cursos

de currículo y enseñanza y Práctica Docente que se requerían a todos los estudiantes de educación elemental y secundaria. Estos cursos vinieron a formar parte de un bloque profesional para el estudio, análisis y evaluación de la enseñanza en la escuela elemental o secundaria, dependiendo del programa que seguía el estudiante. Los nuevos cursos se denominaron *Teoría, metodología y práctica de la enseñanza*, para un total de 12 créditos para los estudiantes de educación elemental y de 9 para los de educación secundaria. Los cursos ofrecían una serie de experiencias de laboratorio para dar al estudiante la oportunidad de observar, descubrir, analizar e interpretar la problemática educativa. El estudiante se involucraba progresiva y sistemáticamente en el proceso de enseñanza-aprendizaje hasta asumir responsabilidad en la enseñanza formal. La facultad y el Senado Académico aprobaron estos cambios y empezaron a regir a partir de agosto de 1973.

El Comité de Currículo de la Facultad trabajó intensamente en la reforma de la otra parte del componente profesional, el de los fundamentos de la educación. Éstos se concibieron no sólo como un bloque integrado entre sí, sino también integrado a los cursos del Departamento de Programas y Enseñanza que se extendería por cuatro semestres académicos. Este nuevo concepto requeriría la enseñanza en equipo de los profesores de los dos departamentos. La propuesta fue aprobada por el Comité de Currículo y sometida a la Facultad. Tengo entendido que el próximo decano respaldó esta propuesta, obtuvo la aprobación de los organismos correspondientes y finalmente se convirtió en una realidad.

Intimamente ligado al currículo está la integración de la tecnología al proceso de enseñanza aprendizaje y para atender este aspecto tan importante inauguramos un centro de recursos para el aprendizaje durante el segundo semestre del año académico 1971-72, para beneficio de estudiantes y profesores. Se habilitaron unas facilidades físicas utilizando tres salones del Edificio Osuna. Tuvieron tanta aceptación los servicios que prestaba este centro que fue necesario extender su horario a las noches y los sábados. Originalmente coordinaban los servicios de este centro un profesor especializado en tecnología educativa y un profesor del Departamento de Fundamentos de la Educación. Con relación a los centros de recursos para el aprendizaje, quiero añadir que se reabrió en el Colegio el Centro de Recursos Curriculares en Ciencia y se estableció un pequeño centro de recursos para la enseñanza de inglés como segunda lengua.

Éstos no fueron los únicos desarrollos en los aspectos académicos y curriculares entre los años 1970 y 1974. Podríamos seguir describiendo muchos más, pero no lo hacemos por limitaciones de tiempo. No quiero, sin embargo, dejar de mencionar algunos que considero significativos. Se creó la Oficina de Evaluación con el propósito de evaluar la labor del Colegio y las ejecutorias de los egresados. Se trabajó en un estudio sobre las actitudes de los estudiantes hacia el programa de preparación de maestros. Esta nueva oficina jugó un papel de liderato en la preparación de estudios e informes que se someten a las

agencias acreditadoras. La primera directora de esta oficina fue la Profesora Juana Méndez.

Para responder a una necesidad expresada por los estudiantes de la Práctica Docente se creó un laboratorio de evaluación para ayudar a ellos y a sus maestros cooperadores en todos los aspectos relacionados con la evaluación del trabajo de los alumnos, como la confección de pruebas diagnósticas y de aprovechamiento y el análisis de los resultados. El director de ese laboratorio, el Profesor Andrés Collazo, se trasladaba a los centros de práctica para asesorar a los estudiantes, se reunía con ellos en los seminarios de práctica docente y los recibía en el salón laboratorio para ayuda individual o grupal. Se preparó una unidad sobre nociones básicas en la construcción de pruebas.

La prestación de servicios a los estudiantes a través de la Oficina de Orientación siempre tuvo una alta prioridad. Se ampliaron los servicios para atender tanto la orientación académica como la personal y creció considerablemente el número de estudiantes atendidos. Las facultades de artes liberales nos referían a los estudiantes que interesaban obtener la licencia de maestro y el Departamento de Instrucción, a los maestros provisionales que necesitaban preparación adicional para convertirse en regulares. Empezamos a implementar la participación estudiantil en las reuniones de facultad, en los departamentos y en otras áreas del Colegio.

El crecimiento del Departamento de Estudios Graduados fue notable. Ya para el 1974, se contaba con una matrícula que sobrepasaba los 700 estudiantes. Un pequeño grupo de estudiantes graduados trabajaba como ayudantes de cátedra y otro colaboraba en la supervisión de la práctica docente, bajo la dirección de profesores del programa subgraduado. Recibían crédito por este trabajo, bien como electivo o como equivalente al Practicum de Administración y Supervisión.

La Escuela Elemental de la Universidad se organizó finalmente a base de niveles de aprovechamiento y preparó instrumentos para la evaluación del progreso de los alumnos. La Escuela Secundaria continuó con su organización a base de horario flexible, amplió su currículo y estableció centros de recursos para el aprendizaje. El Centro de Investigaciones Pedagógicas terminó un número de proyectos y trabajó en otros. Creó una sección de asesoramiento y orientación. El programa graduado en Economía Doméstica aumentaba sus ofrecimientos académicos y la Escuela estaba involucrada en varias actividades, entre ellas el adiestramiento a directores de proyectos de gerontología.

El Departamento de Educación Física inició su programa especializado en Recreación y trabajaba en propuestas para preparar personal para la escuela elemental y para los niños de educación especial. La facultad de ese departamento aprobó una propuesta para un programa graduado a nivel de Maestría, que debería ser referido a la facultad en pleno.

El Departamento de Educación Industrial, con el asesoramiento de la Universidad de Kentucky, trabajaba en la revisión del programa de Bachillerato en Educación Vocacional y Técnica.

Por fin, gracias a la dedicación e interés de un activo Comité de Planes y después de un largo proceso de discusión con las autoridades universitarias, de numerosas reuniones con los arquitectos y otros profesionales, ya para marzo de 1974 se estaba construyendo el edificio que ocupa la facultad actualmente.

Disfruté de licencia sabática durante el año académico 1974 -75 y me retiré en agosto de 1976 como profesor del Departamento de Estudios Graduados, luego de una larga vida profesional llena de satisfacciones.

No hubiésemos podido llevar a cabo tantos proyectos y actividades si no hubiéramos contado con la ayuda y cooperación decididas de las autoridades y organismos universitarios, el cuerpo directivo del Colegio, la facultad, demás personal y el estudiantado. Para todos mis buenos amigos y compañeros de esa época, mi agradecimiento más profundo y para los fallecidos, el recuerdo inolvidable y el ruego de que descansen eternamente en paz.